

CARTA DEL DIRECTOR

Al asumir la dirección de la Revista de Historia Indígena, en reemplazo del profesor y amigo Osvaldo Silva Galdames, quisiera expresar ante todo mi reconocimiento a la fecunda y tenaz labor emprendida por el profesor Silva desde que fundara esta publicación, en el año 1996. Bajo su dirección aparecieron tres números que son expresión del gran interés que existe en nuestro país por los estudios sobre las sociedades indígenas, tanto del pasado como del presente. Allí han tenido espacio igualmente importantes polémicas, como la sostenida por los académicos Rolf Foester (del Departamento de Antropología), Sergio Villalobos (del Departamento de Ciencias Históricas) y el mismo profesor Silva, sobre el carácter de los estudios de Historia Indígena o Etnohistoria. Se trata —ciertamente— de temas candentes y de gran actualidad que están lejos de ser finiquitados.

La línea editorial de los números anteriores de la Revista de Historia Indígena ha tratado de producir una interesante confluencia entre artículos de jóvenes investigadores, muchos de ellos alumnos de nuestro programa de Magíster en Etnohistoria, con trabajos de académicos de más larga trayectoria. Esta conjunción ha producido una publicación dinámica, que puede ser leída tanto por los estudiosos y especialistas en los temas abordados, como por todos aquellos interesados en estas problemáticas. Es un línea editorial que esperamos pueda continuarse.

La segunda característica de esta revista ha sido la de presentar a nuestros lectores estudios que se refieran tanto a las poblaciones indígenas del sur del país como del área andina o nortina del mismo, abriendo también nuestras páginas a colaboraciones referidas a sociedades del área pampeana argentina y de los Andes. Los artículos que presentamos en este cuarto número siguen igualmente con esta tradición.

Este número se inicia con un homenaje al Dr. Franklin Pease García Yrigoyen, eminente estudioso peruano de las sociedades indígenas del área andina, a quien le debemos muchas de las actuales orientaciones teóricas sobre esas sociedades, así como una incansable labor editorial que lo llevó a publicar las más importantes crónicas coloniales, muchas de ellas con información también sobre Chile, como la crónica de Felipe Guaman Poma de Ayala, la de Betanzos y Cieza de León, sobre la conquista del Tawantinsuyu y las guerras civiles que tuvieron posteriormente los conquistadores españoles y en las que tuvo destacada actuación Pedro de Valdivia.

Los artículos presentados son cinco. El primero es de Holdenis Casanova, y trata sobre la construcción de un nuevo imaginario: el de la nación chilena y el lugar que los criollos reservaron en ese discurso a los mapuche, entre 1810 y 1830; allí se muestra cómo la inclusión de los mapuche como parte de esa nación, se debería tanto a motivaciones de tipo político táctico (contar con su apoyo para terminar la guerra de Independencia en el sur), como ideológico, por cuanto representaban una de las vertientes del pasado que daban legitimidad a la nueva nación chilena, así como permitían construir una imagen de rebeldía antihispana. Sin embargo, la continuación de las luchas entre chilenos y mapuches generó pronto un nuevo discurso, esta vez de exclusión. El artículo resume, así, dos de las tendencias que han condicionado las relaciones entre el Estado chileno y la sociedad mapuche, incluso hasta épocas muy recientes.

El segundo artículo, de Jorge Hidalgo, se refiere a las estrategias políticas desarrolladas por los comuneros indígenas de la localidad de Pica (al sur de Tarapacá), para cuestionar la legitimidad de la dinastía de caciques locales y levantar alternativamente una reivindicación sobre el derecho comunitario del elegir a sus líderes étnicos. Estos procesos ocurren a mitad del siglo XVIII y generan una tradición documentada a comienzos del siglo XIX. Este trabajo contribuye de manera significativa a aclarar las formas de manejos políticos y los espacios de negociación de que disponían las comunidades andinas a fines del período colonial, mostrando de paso que no se trataba de sociedades “pasivas” sino –por el contrario– activamente movilizadas por la defensa de sus intereses.

El tercer artículo es de Alan Durston y en él se aborda parte de uno de los momentos más complejos y dramáticos de la implantación de la dominación colonial en América en el siglo XVI: el proceso de reducciones, que reunió a los antes dispersos poblados indígenas en nuevos pueblos de indios trazados –a cordel– en la ya conocida planta en damero. El proceso reduccional se desarrolló como un intento de transformación del orden espacial autóctono y de creación de un nuevo orden (esta vez español) que buscaba lograr el control cultural, económico y político de las sociedades indígenas. Donde este proceso alcanzó mayor virulencia fue en el virreinato del Perú, con consecuencias radicales y de largo alcance para las sociedades andinas.

El cuarto trabajo presentado corresponde a un estudio efectuado por Viviana Manríquez en los archivos parroquiales de las localidades de Caspana y Aiquina, ambas en la II Región, próximas al río Loa. Manríquez se pregunta si los comuneros de Caspana tenían una identidad que los diferenciara de las comunidades vecinas, como ha sido la hipótesis sustentada por algunos investigadores, y para dilucidar su pregunta estudia con gran detalle los apellidos de sus habitantes a lo largo de los siglos XVII, XVIII y XIX, así como las estrategias de matrimonios con miembros de otras poblaciones cercanas. La autora postula que esas identidades habrían pasado por situaciones de transformación y que ese proceso habría sido de data colonial tardía, ya que en los inicios del siglo XVII los caspaneños eran señalados como parte de los “atacameños” y tenían estrechas relaciones (parentales, sociales, económicas, políticas y rituales) con los habitantes del pueblo de Aiquina, de quienes actualmente la autoidentificación local los separa. Con este tema, Manríquez toca uno de los problemas menos estudiados sobre la historia indígena americana y no solo chilena o del área andina: las dinámicas de las transformaciones de las identidades étnicas.

Por último, y a través de un análisis de los diccionarios en lenguas quechua y aymará de los siglos XVI y XVII, Rodrigo Lazo aborda la forma como se construyeron los relatos acerca de los cuerpos de los indígenas americanos. Llega a la interesante conclusión de que en la descripción de los rostros y cuerpos se construyó una manera determinada de “ver” al otro, a partir de aquellos rasgos corporales que eran importantes para los españoles, pero que omitían otros aspectos de la caracterización personal que sí era importante para las sociedades indígenas.

Espero que los lectores puedan disfrutar de todos estos trabajos que, estoy cierto, serán un nuevo aporte a nuestro conocimiento sobre una parte de nosotros mismos en este país.

Muchas gracias.

José Luis Martínez Cereceda
Director
Revista Historia Indígena